

LA INCÓGNITA OBAMA

Lo primero que asombra de Barack Obama, a su vez reflejo de una inteligencia situacional fuera de serie, es su demostrada capacidad para construir su propia figura partiendo de los escasos y tortuosos mimbres con los que contaba al nacer. Hijo de una madre americana blanca que parece haber adoptado hasta sus últimas consecuencias los parámetros ideológicos y de conducta que caracterizaron a la generación “hippy” de los años sesenta del pasado siglo y de un padre negro y musulmán nacido en Kenia que apenas llegó a conocer y menos a recordar, criado en su Hawái natal bajo los amorosos cuidados de los abuelos maternos, que en su peripecia biográfica aparecen como los únicos elementos de estabilidad en una vida tempranamente tan agitada, y recalado en Indonesia, tras los pasos de la agitada vida sentimental de su madre, podía haber resultado el retoño perdido y sin referencias de una descoyuntada situación. Sin embargo, pronto elige lo que quiere ser: americano, negro y de izquierdas.

Por completo desprovisto de instrucción religiosa –más allá de las prácticas islámicas que observa en Indonesia y de la vaga resonancia que arrastra sus nombres, con el ominoso Hussein en medio, adecuado reflejo de las creencias paternas– aprovecha también el momento oportuno para decantarse por el peculiar cristianismo de la Trinity United Church of Christ

Javier Rupérez es cónsul general de España en Chicago. Del Patronato de la Fundación FAES

en el South Side de Chicago que dirige el pastor afroamericano Jeremiah Wright, ardiente propagandista de una visión pastoral extraída a medias de la teología de la liberación y, a otras medias, de la amarga y reivindicativa experiencia histórica del esclavo negro americano. Wright, dicen, habría de convertirse en el mentor espiritual de los Obama, Barack y su mujer Michelle, durante las dos décadas largas de su vida en Chicago. Tampoco era una elección forzada o casual: americano, negro, de izquierdas y, a su manera, cristiano.

Es difícil construir vidas públicas en los Estados Unidos sin un componente, o barniz, religioso. No lo es menos hacerlo desde púlpitos minoritarios o alejados del sentimiento más generalizado. El protestantismo, en sus infinitas variedades, resulta a tales efectos un refugio más cómodo que el de la mezquita, el de la sinagoga e incluso el de la iglesia católica. Por no hablar del templo mormón. Con Wright y su iglesia, Obama cerraba el círculo de la corrección política y terminaba el dibujo de lo que había escogido ser. Intuyendo desde muy pequeño que las buenas condiciones intelectuales que adornaban su personalidad, la multiplicidad de sus raíces y su excelente habilidad comunicativa y de relación le podían deparar un destino privilegiado, apuesta a fondo por la explotación de su propia peculiaridad.

Americano de nacimiento, mal que les pese a los radicales del “natalismo”, empeñados en negar su origen para poner en duda su capacidad legal de convertirse en presidente de los Estados Unidos, Obama apuesta asimismo por una ciudadanía ilustrada, patriota y sin fisuras, bien que entendida desde la óptica crítica de la izquierda del lugar. Un americano patriota y negro debe mostrar además las condiciones de excelencia que, en igualdad de circunstancias, no son exigidas de un blanco: su paso por las mejores universidades del país –primero Columbia y luego Harvard, donde se gradúa con “suma cum laude” y es el primer afroamericano en dirigir la prestigiosa *Harvard Law Review*– constituye el escalón siguiente e imprescindible en el diseño de su carrera personal y política.

En este capítulo, como en algunos otros de la relativamente breve biografía del personaje, surgen preguntas que no han tenido adecuada respuesta. Dando por supuesto la calidad de su intelecto, ¿cuáles fueron los

pasos que le permitieron acceder a centros de educación tan exclusivos, caros y minoritarios? ¿Quién cubrió los abundantes gastos de su escolarización? ¿Obtuvo los beneficios derivados de la “discriminación positiva” para frecuentar las aulas de las dos instituciones? ¿Qué grados académicos recibió en Columbia? Son todos ellos aspectos desconocidos y cuidadosamente silenciados, en un contexto de generalizada demanda de transparencia, por los responsables de sus campañas y elementos que han contribuido poderosamente a cimentar una de las leyendas más extendidas sobre Obama: su misterio.

La relativa perplejidad que esas lagunas generan es motivo de curiosidad para los bienintencionados y de ardorosa diatriba para los adversarios más radicales, dispuestos a explicarlas como el resultado de un programa deliberado de ocultación tras el que se agazapan las peores y más aviesas intenciones. De ahí provienen las teorías del Obama musulmán secreto, del Obama nacido en Nairobi, del Obama aliado de radicales e incluso de terroristas. Del Obama, en fin, antiamericano. Cuando la verdad es que el esfuerzo vital de Obama para forjarse una “persona” que le llevara a la Casa Blanca hizo de él un ardoroso aunque peculiar practicante del americanismo militante.

Retales y ocultaciones se quedaron en el camino, cierto es. Ha tenido que corregir el tiro para desviarse de ciertos y peligrosos entusiasmos juveniles, también es cierto. La barroca narrativa de su propia temprana biografía, incluso en el seno de una ciudadanía acostumbrada a regocijarse con los milagrosos éxitos del “sueño americano”, no ha dejado de contribuir a ser confusión de ingenuos y delicia de francotiradores. Y la prosecución de la excelencia ha conducido insensiblemente a manifestaciones de un diletante elitismo –no son pocos los americanos que supieron de la existencia de la deliciosa y cara *arugula* cuando Obama, en un raro desliz durante la campaña electoral, se refirió al vegetal como si formara parte de la dieta diaria de la familia estadounidense– próximo a lo que los europeos en su momento y con fortuna denominaron la *gauche divine*. Pero de antiamericano poco o nada, en alguien que quiso ser y logró convertirse en el primero de sus conciudadanos. En todo caso, patriota americano reformista.

Mirando el color de su piel, y contemplando las fotos de sus años escolares, cuando alardeaba de un gigantesco y rizado peinado “afro”, nadie pondría en duda la “negritud” de Barack Obama. Y sin embargo la obviedad de la constatación visual no debe ocultar la complejidad de sus componentes. Obama es ciertamente un afroamericano, incluso con más títulos para la descripción que sus compatriotas que así se autodenominan y que con él comparten las mismas características raciales: su madre era americana y su padre africano. Pero a diferencia de sus congéneres, Obama no descende de esclavos, característica ésta que constituye la raíz, el problema, la tragedia, la angustia y la eventual redención del negro estadounidense.

Obama hereda un color dorado de piel pero no la historia de sometimiento de los que, hasta tiempos relativamente recientes, eran tenidos por objetos en el sistema económico de producción. Cuando en uno de sus primeros viajes oficiales al extranjero Obama visitó Ghana y junto con su mujer y sus hijas se acercó a las infames instalaciones de donde partían los esclavos hacia América, era perceptible la sutil diferencia de sentimientos con que la familia se acercaba a la terrible memoria: gestos sombríos en mujer e hijas, concentración estudiosa y un punto lejano en la cara del marido/padre/presidente.

Obama ha recibido su educación de madre y abuelos blancos y, en el sistema de desplazamiento racial relativamente abierto que hoy ya conoce la sociedad americana, hubiera podido escoger ser un blanco, vivir con los blancos, casarse con una blanca, tener una descendencia apenas coloreada. Por el contrario, ha optado por integrarse en la comunidad afroamericana, casarse con una mujer de ese origen, tener descendencia donde se acentúan esas características y, en definitiva, ocupar plaza de negro en esta sociedad. Sería injusto reducir la elección a un puro cálculo estadístico –si de lo que se trataba era de llegar a la Casa Blanca, las oportunidades de hacerlo como negro eran mayores que las contempladas en un terreno tan cargado de candidatos como el de los blancos– pero ingenuo estimar que nada de ello existía en la cuidadosa planificación vital en la que Obama ha resultado ser un maestro.

Un negro guapo, inteligente y educado era precisamente lo que la población americana estaba esperando para elegirle como presidente. Mucho

de ello respiró por la habitual incontinencia verbal del hoy vicepresidente Joe Biden cuando, todavía en su corta carrera como candidato presidencial, alabó a Obama por ser “el primer candidato afroamericano aceptable, articulado, limpio y bien parecido”. Le faltó decir, aunque quizá lo pensara, que además se lavaba todos los días. No hace falta mucho para imaginar que la poco reflexionada referencia arrojaba el contratipo del otrora candidato negro a la presidencia, el reverendo Jesse Jackson. Seguramente Biden le tenía en la mente para distinguir lo aceptable de lo inaceptable en un candidato afroamericano. ¿O se trataba quizás de buscar a un Antonio Machín, un negro con el alma blanca?

Chicago ocupa un lugar central en la evolución personal y política del entonces futuro presidente de los Estados Unidos. Y según todos los indicios –porque pocas son las confirmaciones en su resbaladiza biografía– se trata también de una elección consciente. Obama elige el Chicago negro –vivirá en el Sur de la ciudad, en barrios afroamericanos, bien que seleccionados de entre los más prósperos de la zona–, desarrolla una breve carrera como profesor de derecho constitucional en la distinguida Universidad de Chicago, muestra una conspicua dedicación a lo que se conoce como “organizador comunitario” y se lanza a una progresiva y exitosa inmersión en la clase política local, demócrata, poderosa, influyente, no poco radical y bastante corrupta.

Es tan meteórica su carrera y tan múltiples son sus ocupaciones, o tan ligera su huella, que las hagiografías al uso subrayan sobre todo sus tiempos de “organizador comunitario” en los barrios negros y pobres del South Side, como si mejor que ninguna otra cosa encapsularan la dedicación y las cualidades del personaje. Pero resulta difícil precisar el contenido de esa función, claramente presentada como un ejemplo de generosa entrega al desposeído. Como difícil de relatar o describir resultan los tiempos de Obama en el Senado de Illinois, seis años marcados más por los silencios tácticos que por las iniciativas legislativas –como más tarde ocurriría en el Senado de los Estados Unidos, donde no faltarían sus votos “presenciales”, equivalentes a otras tantas abstenciones–. De nuevo Obama transmite la impresión de cuidarse al máximo para futuras y más altas responsabilidades, para las que conviene ofrecer mucha y atractiva melodía pero poca letra.

El Obama que echa profundas raíces personales, profesionales y políticas en Chicago –es en verdad su ciudad de adopción– no oculta sus inclinaciones hacia el radicalismo ideológico. Anotada queda su larga e intensa relación con el pastor Wright. Pero otras en la misma dirección dejan también su huella. En diversas ocasiones sociales y académicas Obama se encuentra de manera que rebasa lo puramente ocasional con Bill Ayers y su mujer Bernardine Dorn, pareja de triste recordación asociada en los años sesenta del pasado siglo con las sangrientas aventuras del grupo terrorista de los “Weathermen”, cuando su oposición a la guerra de Vietnam se tradujo en atentados con bomba contra instalaciones públicas. Años después, tan recientemente como en 2008, Ayers ha seguido manteniendo la razón –que dice– le asistía a él y a los integrantes del grupo al utilizar una violencia que no producía víctimas humanas –si se descuentan las muertes de los miembros de la organización que perecieron en explosiones por ellos preparadas– y la diferencia que por ello existe entre lo que los “Weathermen” predicaban y practicaban y lo que llevan a cabo los terroristas propiamente dichos.

En la nómina, que seguramente incluye otros muchos de las mismas convicciones aunque menor visibilidad, figura también el sacerdote católico blanco Michael Pflieger, párroco de la iglesia de Santa Sabina, en el Sur de Chicago, con una feligresía masivamente afroamericana y una tendencia hacia la hipérbole radical que le mantiene en permanente tensión con sus superiores eclesiásticos. No está Pflieger en la nómina de los amigos de Obama pero sí en la de los amigos de Wright, con quien comparte evidentes fraternidades pastorales e ideológicas. Durante la campaña electoral de 2008, y cuando ya se habían aireado sus explosivos sermones, Wright invitó al católico a pronunciar la homilía dominical ante sus fieles de Trinity Church. Pflieger se despachó con una tirada que, pretendiendo ser favorable a la candidatura del “negro” Obama, denigraba de manera tan explícita como llena de mal gusto a su opositora, la “blanca” Hillary Clinton. Obama manifestó públicamente su disgusto y anunció su retirada de la congregación del pastor Wright. El arzobispo de Chicago, cardenal George, suspendió a Pflieger de sus funciones durante una par de semanas, “para que recapacitara”. Y la campaña electoral del futuro presidente sufrió uno de los pocos embates serios en su largo recorrido.

Era irónico que tuvieran que ser cuestiones tangencialmente religiosas –nunca especialmente relevantes en lo que de la vida de Obama se sabía– las que inesperadamente arrojaran una cierta luz sobre sus gustos políticos y sus inclinaciones ideológicas. Pero la asociación con Wright, y las demás que en consecuencia aparecieron, podían contribuir a destrozarse la cuidadosamente construida imagen de un candidato moderado, centrista y, como había implicado Biden, “aceptable”. La desautorización de Wright fue rápida, contundente y, en términos puramente humanos, sabiendo de la larga relación entre el pastor y la familia Obama, desconsiderada.

El mismo método, aunque en tonos menos cáusticos, fue utilizado con Pleafger y con Ayers. Era evidente que ambos apostaban vivamente por la victoria de Obama y prefirieron dejar pasar en silencio las críticas de la campaña presidencial antes que poner en peligro las oportunidades de su conocido, amigo o colega con el recuerdo de radicalismos mal vistos en la mayoría de la opinión pública americana. Wright se mostró también cuidadoso en su respuesta, posiblemente por las mismas razones, aunque no pudiera dejar de asomar un punto crítico de desencanto: cuando le preguntaron por su opinión sobre el enfado del candidato Wright se limitó a manifestar que comprendía la reacción ya que al fin y a la postre Obama era “un político”. Es decir, se supone, alguien poco fiable que bien puede mantener una cosa y la contraria. O alternatively una persona sistemáticamente dada a la ocultación.

Hay que recordar que Wright fue de los primeros en afirmar que los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 eran el adecuado castigo que los Estados Unidos merecían por su maldad. ¿Estaba Obama sentado en los bancos de los oficios dominicales cuando ya en fecha tan temprana el responsable de su congregación religiosa expresaba puntos de vista tan peculiares? ¿Por qué no había dicho nada entonces? ¿O es que Obama tenía una afiliación puramente virtual con la iglesia de la Trinidad y raramente frecuentaba sus servicios? ¿Era sólo una manera de sentar plaza de cristiano para un hombre de convicciones “progresistas” en lo político y pocas o ninguna en lo religioso?

Sea como fuere la campaña, que adelantaba a la de McCain por varios cuerpos, no estaba para distingos ni sutilezas ni sus partidarios, ya mayo-

ría, interesados en debatir puntos que parecían de detalle en la histórica marcha hacia la victoria. Wright, Ayers, Pleafger y compañía quedaron en la cuneta para no enturbiar el camino hacia la Casa Blanca del primer negro con oportunidades para convertirse en presidente de los Estados Unidos de América. En la cuneta quedaron también algunas de las asociaciones radicales del primer Obama. ¿También las convicciones que las alentaron?

Chicago, desde un punto de vista estrictamente político, era la plataforma ideal de lanzamiento para un afroamericano progresista con aspiraciones nacionales. De las tres grandes agrupaciones urbanas de los Estados Unidos –Nueva York y Los Ángeles son las otras dos–, Chicago es la que alberga la más poderosa de las organizaciones demócratas y las más activa e influyente de las comunidades negras. A ello no deja de ayudar la estela de Abraham Lincoln, el liberador de los esclavos, cuya vida está tan estrechamente ligada al Estado de Illinois. No fue una casualidad el que Obama anunciara el lanzamiento de su candidatura a las puertas del edificio que en el centro de Springfield, la capital del Estado, albergó las cámaras legislativas locales hasta bien entrado el siglo XX, el lugar donde Lincoln comenzó su carrera y en donde se le rindió el último homenaje tras su asesinato, antes de ser enterrado en el cementerio de la ciudad.

Tenía su lógica que Obama fuera una criatura de la maquinaria demócrata de la gran ciudad del Medio Oeste americano. Y es tema de mucha admiración y todavía poco conocimiento, cómo el joven y brillante afroamericano que en realidad no venía de ninguna parte fue adoptado y promocionado por una de las estructuras partidistas conocidamente más poderosas y corruptas de todo el país. En muchos sentidos Obama es la feliz creación de la maquinaria Daley, el nombre que durante casi cincuenta años, primero con el padre y ahora con el hijo, ha dominado Chicago, Illinois y parte significativa del país desde la alcaldía de la ciudad. No cabe sorpresa ante el hecho de que el entorno más próximo de Obama en la Casa Blanca esté compuesto por gentes procedentes de Chicago. Lo que muchos ignoran es que los más significativos de entre ellos –Axelrod, Emanuel, Jarret– provienen a su vez del círculo de Daley. Algo más que una coincidencia.

No es Richard M. Daley*, el hijo, el actual alcalde de Chicago, la figura antañona, autoritaria y brutal de Richard J. Daley, el padre, creador de la dinastía y gran patrón de prácticas de gobierno que hoy la opinión pública y los medios de comunicación, por no hablar de la judicatura, condenarían sin paliativos. Pero entre los dos, y sin desconocer sus grandes aportaciones al desarrollo de la ciudad y de su entorno, han dado cuerpo a una filosofía política hecha de intervencionismo público y grandes zonas de patronazgo político y financiero privado. Ésa es la ganada reputación de Chicago.

No son infrecuentes los escándalos de corrupción que agitan la vida local y estatal, seguramente en proporción algo mayor que la que sufren otras zonas de los Estados Unidos. El penúltimo de los gobernadores del Estado de Illinois, Rod Blagojevitch, acaba de ser condenado por un delito de faltar a la verdad en sus declaraciones al FBI, tras un complicado juicio en que sólo la falta de unanimidad en el jurado le salvó de otras y más graves acusaciones –entre ellas, las de conspirar para obtener compensación económica por la “venta” del escaño senatorial que dejaba vacante Obama al ser elegido presidente–. Previamente había sido *impeached* por el Senado de Illinois y expulsado de su puesto. Con él son ya cuatro los gobernadores de Illinois que en los últimos cincuenta años, y de un total de ocho al frente de tal responsabilidad durante ese tiempo, han dado o están a punto de dar con sus huesos en la cárcel.

Y está todavía reciente la memoria, apenas dos años, en plena campaña electoral para las presidenciales, de cuando uno de los más prósperos hom-

* En el momento de cerrar este número de la revista, Richard M. Daley acaba de anunciar que no concurrirá a las elecciones municipales previstas para 2011. Cuando cumpla su mandato, habrá ocupado la alcaldía durante más de 22 años. Junto con su padre, que fue alcalde durante 21 años, el nombre Daley habrá correspondido a un alcalde de la ciudad de Chicago en 43 de los últimos cincuenta años. Las primeras especulaciones señalan a Rahm Emanuel, actualmente jefe de gabinete del presidente Obama, como el mejor colocado para llegar a la alcaldía. Como ya ha quedado reflejado, Emanuel proviene del círculo de Daley, con el que colaboró en sus primeras campañas electorales. Es más que previsible que si Emanuel lo desea, y ya había anunciado en el pasado que le gustaría ocupar el puesto de Daley cuando éste se retirara, la poderosa maquinaria demócrata local, con el apoyo de la Casa Blanca, apoye y consiga la llegada al ayuntamiento del que también fuera representante por Illinois. Sería la continuación de Daley por nombre interpuesto. Y la presencia de un obamista al frente de la ciudad bastión del presidente.

bres de negocios de la ciudad, Antoin “Tony” Rezko, nacido en Siria de una familia árabe católica, fue condenado a varios años de prisión por prácticas corruptas que, como de costumbre, tenían como objeto obtener favores de funcionarios públicos y representantes políticos. Rezko había contribuido generosamente a las campañas políticas de candidatos a derecha y a izquierda, entre ellas también a las de Obama, con el que asimismo apareció relacionado al haber facilitado en términos favorables la adquisición de un terreno contiguo a la parcela donde se encuentra la buena mansión de los Obama en el próspero barrio de Hyde Park, en el Sur de la ciudad, cerca del “campus” central de la Universidad de Chicago. Rezko acabó en la cárcel, Obama en la Casa Blanca y del tema nunca más se ha hablado, fuera de los habituales comentarios inquisitorios o malintencionados de la sufrida población de Illinois.

Y es que el inteligente muchacho nacido en Honolulu, Hawái, de una madre americana blanca y de un padre africano negro, que pudo escalar los peldaños de la excelencia académica y de la aceptación social, que escogió ser negro, radical, americano y cristiano, que adoptó Chicago como su punto de entrenamiento y despegue para los altos destinos a los que sentía llamado, supo navegar por las procelosas aguas de la irregularidad imperante en la ciudad y en sus círculos políticos, bajo la sabia batuta de Richard M. Daley, sin que nada ni nadie pudiera, supiera o quisiera arrojar sobre él la más mínima sombra de duda que pusiera su integridad en tela de juicio. Lo cual, si bien se mira, no deja de ser una cuasi milagrosa consecución. No tanto porque hubiera razones para dudar de la misma sino por la habilidad que revela el mantenimiento de tan prolongada virginidad. La que en efecto habría de llevarle al número 1600 de la Avenida de Pennsylvania en Washington DC. La Casa Blanca.

Cuando están a punto de cumplirse los dos años del acontecimiento, que muchos y muchas, sin recato ni sentido del ridículo, llegaron a considerar de trascendencia cósmica, una buena parte de los estadounidenses siguen preguntándose por la auténtica personalidad de Barack Obama. Anduvo sobre las aguas de una frágil Hillary Clinton –a quien nadie quería de regreso en la mansión presidencial, por miedo a que fuera el marido el que de nuevo tuviera las riendas– y descolocó sin muchas contemplaciones

a un desorientado McCain, heredero a palos del desacreditado octanato de George W. Bush. Convenció a una buena mayoría de los votantes de las calidades regeneradoras de su llegada a la presidencia, bajo la clámide del “primer” negro en alcanzarla, y con las promesas explícitas de traer paz y unión en donde, decía, sólo existía disputa y discordia. Había tenido tiempo para publicar dos libros, *The Audacity of Hope* –título de uno de los sermones del reverendo Wright, antes de la caída– y *Dreams from My Father*, que revelan un fluido sentido de la escritura y una aguda percepción de lo que los americanos consideran literatura *inspirational* –la que eleva los espíritus y moldea bondadosamente las conductas–. Ambos de notable éxito: han contribuido a engordar la cuenta corriente de los Obama de manera significativa. Pero, dos años después del acontecimiento, en vísperas de las elecciones legislativas bianuales, Obama sigue siendo una incógnita y menos que mediana la estimación que los americanos tienen de su presidencia.

Y no es que le falten problemas a los que achacar las dificultades de su gobernación –llegó efectivamente al poder en plena irrupción de la peor crisis económica y financiera sufrida por el país desde la Gran Depresión, en los años veinte del pasado siglo; heredaba dos guerras, en Iraq y en Afganistán; la reputación internacional de los Estados Unidos no era la mejor de las posibles– ni capacidad legislativa para, en unas Cámaras masivamente dominadas por los demócratas, hacer aprobar sus contundentes medidas –un gigantesco paquete de estímulo económico, traducido en la inyección ingente de fondos públicos en la economía; una reforma sustancial del sistema sanitario, con la finalidad declarada de reducir su coste y aumentar la cobertura de las prestaciones; la nacionalización de parte significativa del sector automovilístico americano; cambios profundos en el funcionamiento del sistema financiero, con la finalidad de evitar similares crisis en el futuro–. En realidad, y con la excepción de la reforma sanitaria, nada muy diferente de lo que otras Administraciones demócratas, y alguna republicana, hubieran hecho para paliar las consecuencias de la crisis.

Los primeros tramos del estímulo ya habían sido previstos durante la secuencia final de la presidencia Bush. Y el nuevo equipo económico, cierto es que más “keynesiano” que el anterior, le debe una innegable continuidad: Bernanke y Geithner ya figuraban en los equipos de la Reserva Fede-

ral de Greenspan; Larry Summers tiene bien acreditado su clasicismo económico y Paul Volcker, que viene de más antiguo, no deja de ser un convencido de las virtudes del mercado. El reformista Obama no ha querido que las cuentas nacionales queden en manos de otros que no fueran los habituales y probados practicones de la complicada ciencia. Pero a pesar de las promesas y seguridades en contrario, dos años después de que Obama pisara la Casa Blanca los americanos siguen sufriendo la misma tasa de desempleo que entonces, un 9,5% de la población activa, catorce millones de ciudadanos sin trabajo regular ni, a corto plazo, esperanza de obtenerlo o recuperarlo.

Cierto es, los hechos son mostrencos y difíciles las soluciones. Pero cuando se ha presumido de virtudes casi taumatúrgicas y cabalgado sobre la realización de los sueños –por ahí andaba *The Audacity of Hope*– el desencanto es inevitable y sonora su repercusión sobre las encuestas. Ninguna de las conocidas concede al actual presidente más de un 45% en aceptación popular. La cifra se mantiene inalterada desde hace año y medio, apenas seis meses después de que se produjera el relevo en la presidencia. No cabe extraer de ello conclusiones apresuradas sobre el futuro del mandato de Obama –Reagan tuvo también un comienzo demoscópico poco propicio–, pero el síntoma preocupa con razón en los medios del entorno presidencial, los que con tanta brillantez supieron llevarle a la primogenitura política del país. Y ha pasado demasiado tiempo como para seguir imputando a Bush todo lo malo que en el país acontece.

“Es la economía, estúpido”, dicen que dijo un asesor del primer Bush a un colega que decía no comprender la mala fortuna política de su jefe. Sigue siendo la economía y su deficiente funcionamiento la que condiciona la baja aceptación del mandatario. Pero quizá no cualquier economía –desde luego una que no consigue generar puestos de trabajo– sino a lo mejor la que se propone desde la Casa Blanca y desde las bancadas demócratas: intervencionista, estatalizadora, invasiva. Es posible que el común de los mortales europeo no alcance a comprender la irritación que en los estómagos americanos surge cuando se habla de economía central y de gobierno fuerte, y menos aún las dudas que surgen ante una sanidad pública y universal. En Estados Unidos las cosas, sin embargo, son bastante así.

Obama, el pobre Obama, casi uno se atrevería a decir, que en cualquier país europeo pasaría por un tímido socialdemócrata, es hoy tachado de un peligroso socialista oculto, apenas salido del armario, siendo socialista uno de los peores insultos que se puede dirigir a un político de cualquier afiliación en los Estados Unidos. La prueba del nueve: casi un 60% de la población se manifiesta a favor de la revocación de la reforma sanitaria que con tanto sudor Obama consiguiera arrancar del Congreso.

Y cara a las elecciones de noviembre 2010, que bien pudieran acabar con la hegemonía demócrata en las Cámaras legislativas federales, la sanidad y el resto de los temas englobados en el funcionamiento socio-económico del país, van a ser decisivos. Y si no que se lo cuenten a los candidatos demócratas que salen a reelección sintiendo en su cogote la proximidad caliente del adversario republicano. Pueden pasar muchas cosas en unas elecciones por esencia fraccionadas, pero aquí también los números son significativos: según las últimas cifras disponibles –agosto de 2010–, en intención genérica de voto nacional –sin tener en cuenta a los candidatos concretos por circunscripciones– los republicanos rebasan a los demócratas en diez puntos porcentuales. Como para estar de verdad preocupados.

Pero más allá de la economía, en territorios de más difícil evaluación pero no por ello menos trascendentes, Obama parece transitar por caminos inexplorados y, a lo que parece, fuente de perplejidad para propios y extraños. Es en la política exterior, por ejemplo, en donde asoman las orejas tentativas de pasados radicalismos: el mundo “post americano”; la voluntad de dialogar con todos, “incluso con los enemigos”; la bien intencionada proclividad a ponerse a la altura de los peores de la Tierra, “también nosotros somos falibles”; las repetidas solicitudes de perdón; las fintas hacia nuevas alianzas; las piruetas terminológicas para calificar al terrorismo de “desastre causado por mano humana”.

Los problemas aparecen cuando la querida buena voluntad de los planteamientos –de los que no cabe excluir un elemento de búsqueda diferencia con respecto a la anterior y denostada Administración– no genera respuestas diferentes a las ya conocidas. Irán continúa la carrera para dotarse del arma nuclear. Corea del Norte no está dispuesta a prescindir de las que

ya tiene. Cuba, con cualquiera de los dos hermanos Castro, sigue siendo la prisión más grande y antigua del mundo. Venezuela, acompañada por la parranda de bolivianos, nicaragüenses y ecuatorianos, multiplica peligrosamente sus actividades desestabilizadoras. Los terroristas islámicos golpean siempre que pueden a los intereses americanos y occidentales en todo el mundo. Iraq, a pesar de la anunciada retirada de las tropas americanas de combate –en un gesto seguramente más calculado hacia la galería electoral que hacia las necesidades reales de pacificación sobre el terreno–, dista mucho de la estabilidad. La guerra de Afganistán, alimentada activa y pasivamente desde Pakistán, se pierde en la niebla de la imprecisión en los objetivos y en el barro de los cansancios y las muertes. Los palestinos y los israelíes paradójicamente comparten una menor confianza en Washington de la que antes poseían. Y en diversos lugares del mundo se extiende la impresión de que los aliados son menos amigos que antes mientras que el poder americano –o lo que queda de él, según Obama– se acerca a los que nunca lo han sido. Y probablemente nunca lo serán.

Dos años de política exterior americana –eso sí, muy condicionados por la impronta personal del presidente y su entorno: Hillary Clinton es posiblemente el/la secretario/a de Estado con menos peso específico en los últimos decenios– han creado confusión y despiste. ¿Consistía en eso la parusía que el candidato Obama prometía, pero nunca aclaraba, durante la campaña electoral? ¿Estamos contemplando el desmantelamiento del Imperio?

El candidato Obama, siguiendo en ello la estela de sus predecesores, incluyendo, aunque parezca imposible, la de George W. Bush, quiso ser todo para todos, anunciando no sólo una era postamericana sino también postracial, postideológica, postpartidista e inevitablemente postmoderna en donde, magnífico propósito, todos cupieran, negros y blancos, mayorías y minorías, religiosos y ateos, pobres y ricos. Comenzó a suscitar la atención nacional cuando en 2004 pronunciara un sonado discurso ante la convención presidencial demócrata pidiendo la superación de la “América republicana o la América demócrata en los Estados Unidos de América”, en un mensaje que vertebró el segmento central de su delgado programa. Pero los diseños de sus políticas han conseguido justamente lo contrario: una polarización ideológica similar a la que suscitó Bush en la segunda y

última parte de su mandato y, consiguientemente, un resurgimiento del republicanismo conservador impensable hace dos años, cuando la llegada de Obama a la Casa Blanca parecía anunciar una larga e incierta travesía del desierto para la derecha.

El que quiso ser todo para todos tiene hoy el desfallecido aspecto de quien no es suficiente para nadie: no es blanco, pero tampoco suficientemente negro; aprieta el cinturón a los ricos pero no es capaz de ofrecer trabajo a los pobres; no es lo bastante radical para la izquierda que le votó mientras confirma los peores temores de la derecha que nunca le votaría y desconcierta a los centristas independientes que no le volverán a votar. Delicada coyuntura. Tanto que el vicepresidente Biden, ya en campaña electoral para ayudar a los candidatos demócratas en las legislativas de 2010, bromea parafraseando a Mark Twain: “las noticias sobre la muerte del Partido Demócrata son muy exageradas”, mientras anima los decaídos ánimos de sus filas afirmando que “no elegimos entre el Partido Demócrata y el Todopoderoso sino entre los demócratas y el Tea Party republicano”. Otros miembros del Gabinete, como la Secretaria de Sanidad y antigua gobernadora de Kansas, Kathleen Sibelius, dan involuntariamente descripción de la gravedad del momento al utilizar símiles bélicos: “Necesitamos movilizar de nuevo a nuestro ejército. Hemos ganado muchas batallas en estos dieciocho meses”, decía junto a Biden, hace pocas semanas, “pero todavía no hemos ganado la guerra”.

En la guerra ciertamente están los del Tea Party, confuso conglomerado de insatisfechos con una indudable tendencia hacia el radicalismo ultraconservador que, evocando la insurgencia de los primeros colonos, están condicionando comportamientos y programas de un sector numeroso del partido republicano y de sus candidatos. Si algo les define es su oposición al actual inquilino de la Casa Blanca. No cabría ocultar el componente racista de algunos de sus elementos, pero tampoco la influencia que por el momento están ejerciendo en sectores no despreciables de la opinión pública para los que la raza no es elemento definitorio pero sí la tendencia ideológica: bajo la sorprendente dirección de Glenn Beck, comentarista radiofónico y televisivo, más de cien mil manifestantes se dieron recientemente cita ante el monumento de Lincoln en Washington para celebrar el

cuarenta y cinco aniversario de la recordada alocución de Martin Luther King –“¡tengo un sueño!”– y reivindicar una América diferente, “con honor”, proclamaban. Difícil no recordar que Bush había querido devolver la “dignidad” a la Casa Blanca tras los devaneos clintonianos. El eterno retorno. O la historia como ciclos.

“¿Qué pasa con Obama?” es la pregunta más frecuentemente formulada en los medios políticos, financieros, mediáticos y populares del país. ¿Qué se hizo del que decía traernos la salvación? ¿Por qué cunde el desencanto, la duda, incluso la frustración? En el fondo, inquietan los más inquietos, ¿quién es Obama, de dónde viene, a dónde nos lleva? El obispo episcopaliano Robinson, declarado homosexual cuya ordenación episcopal agravó el cisma de la Iglesia anglicana, invitado a pronunciar una alocución en los actos de proclamación de Obama como presidente, para compensar la presencia en los mismos del pastor evangelista Warren, conservador y ortodoxo –la permanente oferta de todo para todos–, lo decía con acento fácilmente profético: “Señor, concédenos paciencia para comprender que nuestro nuevo presidente es un ser humano, no un mesías”.

En realidad, no ha hecho falta mucho tiempo ni paciencia para comprobarlo. Incluso en las pequeñas cosas. Por ejemplo, el incidente que en Harvard, en febrero de 2010, enfrentó al profesor afroamericano Henry Louis Gates Jr. con el policía blanco sargento James Crowley y que motivó un severo correctivo verbal del presidente hacia el agente de la autoridad, presumiendo que la razón estaba del lado del docente negro. Al comprobar que todo el cuerpo policial de Massachussets apoyaba sin fisuras a su colega y que la historia tenía matices que rebasaban al estereotipo “negro bueno, blanco malo”, la Casa Blanca dio marcha atrás como pudo, convocando una sorprendente “cumbre de la cerveza” en la que participaron profesor, policía, presidente y vicepresidente. Obama calificó la historia de *teachable moment*, una experiencia de la que aprender, aunque lo evidente resultaba la premura con que el mandatario dejó escapar su genio a favor de la fraternidad racial.

Por ejemplo, y hablando también de premuras, la que Obama y toda su Administración, en julio de 2010, emplearon para reprobar y cesar a una modesta funcionaria del Departamento de Agricultura del Estado de

Georgia, la afroamericana Shirley Sherrod, al difundir un bloguero conservador como manifestación racista un trozo de una intervención cuyo contexto era completamente diferente y opuesto. Una concatenación de fragilidades políticas y mediáticas provocó de nuevo una hiperreacción que tuvo a Obama como principal protagonista, obligado luego a extender excusas y ofrecer reparaciones que la señora Sherrod, en un alarde de contenida dignidad, no ha aceptado.

Y otros signos de insensibilidad y arribismo, tan susceptibles de agravar una tendencia ya descendente: la primera dama residiendo en el hotel más caro de Marbella o toda la familia presidencial escogiendo Martha's Vineyard, en la costa atlántica de Maine, la quintaesencia vacacional para los ricos americanos, como lugar de veraneo. Hay muy buenas playas en las Carolinas e incluso en Alabama. ¿Es también la torpeza una historia de la que aprender?

Se equivocarían los que dieran a Obama por terminado o por fracasada su gestión. Y errarían gravemente los que desearan que así fuera: nada ganaría el mundo con unos Estados Unidos a la deriva. Este Obama, que siendo de todos no es efectivamente de nadie más que de sí mismo, y al que inteligencia no le falta, podría intentar la operación de reinventarse en lo que algunos piensan es su inclinación natural: la del pragmatismo centrista y desideologizado. Pero el tiempo ya no le sobra y mucho del futuro de su presidencia, por no hablar del segundo mandato que muchos se atreven ya a poner en duda, dependerá de lo que ocurra en las elecciones de noviembre 2010. Cuyos pronósticos, como se sabe, le son cualquier cosa menos favorables.

Entre tanto, en la desesperación, la Casa Blanca recurre al manido tópico de los que han entrado en pérdida de velocidad: hacemos muchas y buenas cosas pero no sabemos explicarlo, dicen. Pero ¿no teníamos al mando del sistema al mejor explicador en jefe que la historia ha producido? ¿Qué se hizo de su retórica, de su encanto, de su atractivo? ¿Sólo pura fachada?

Lo que son las cosas: el mejor agente electoral de Barack Obama es hoy Bill Clinton, al que las bases demócratas reclaman mientras esquivan la presencia del presidente. "Es tóxico", dicen algunos, por lo del contagio.

Y en algunos Estados del Sur empiezan a aparecer carteles con una sonriente fotografía de George W. Bush y un simple mensaje: “*Miss me yet?*”, “¿Todavía no me echas de menos?”. Ver para creer.

PALABRAS CLAVE

EE.UU. • Democracia

RESUMEN

Dos años después de su llegada a la presidencia de EE.UU., las expectativas levantadas por el candidato Obama se han visto en buena parte frustradas por las políticas del presidente Obama. Con un índice de aceptación popular que no llega al 45% y con el mismo índice de paro con el que llegó a la Presidencia, el 9,5%, el primer presidente afroamericano, de izquierdas y “cristiano” no es ya el nuevo mesías que los medios de comunicación se esforzaron en anunciar. Así, su controvertida reforma sanitaria es rechazada por el 60% de sus conciudadanos, sus planes de estímulo económico han supuesto el mayor desembolso desde el New Deal de Roosevelt y su política exterior parece adentrarse en territorios inexplorados de consecuencias inciertas. Javier Rupérez repasa en este artículo estas y otras claves políticas y biográficas de un personaje que, a pesar de todo, sigue siendo en gran medida toda una incógnita.

ABSTRACT

Two years after stepping into US office, the expectations raised by candidate Obama have been greatly frustrated by president Obama's policies. With an approval rate below 45%, and with the same unemployment rate as when he arrived into office, 9.5%, the first Afro-American president, leftist and "Christian", has ceased being the new messiah so heartily announced by the media. Likewise, his controversial health reform is rejected by 60% of US citizens, his economic stimuli plans have involved the largest outlay since Roosevelt's New Deal, and his foreign policy seems to wander into unexplored territories with uncertain consequences. Javier Rupérez, in this article, goes over these and other political and biographical key aspects of a figure who, nevertheless, remains being, to a large extent, a mystery.